

## TABACO E HISTORIA

Por Lic. Bernardo Vega

Si hay algo permanente en la prehistoria y la historia dominicana es el tabaco.

En primer término, junto con el conuco y el cazabe, el tabaco constituye la herencia económica más importante que nos dejaron los taínos. En segundo lugar, fue desde la isla Española que el tabaco fue llevado a Europa a difundirse y, tercero, la concentración de la producción tabacalera en el Cibao en gran parte explica el destacado papel de esta región en nuestra historia y las diferencias entre las actividades políticas de la misma, desde hace dos siglos, y aquellas de nuestra ciudad capital y el Sur en general.

Me propongo comentar hoy esos tres aspectos esenciales del papel del Tabaco en nuestra isla.

### *El Tabaco y los Taínos*

Es hasta hace relativamente pocos años que se vino a aclarar el uso del tabaco por parte de nuestros indígenas. Los cronistas explicaron como la principal ceremonia mágico/religiosa de los taínos consistía en un acto en el cual el hechicero inhalaba por la nariz unas drogas alucinógenas que lo "montaban" para usar el "argot" criollo, para ponerlo en contacto con dioses y recibir de ellos el oráculo sagrado. Por muchos años, varios investigadores creyeron que la droga utilizada en esta ceremonia, llamada de la "cohoba" era el tabaco, cuando en realidad, lo que se utilizaba era la piptadenia peregrina.

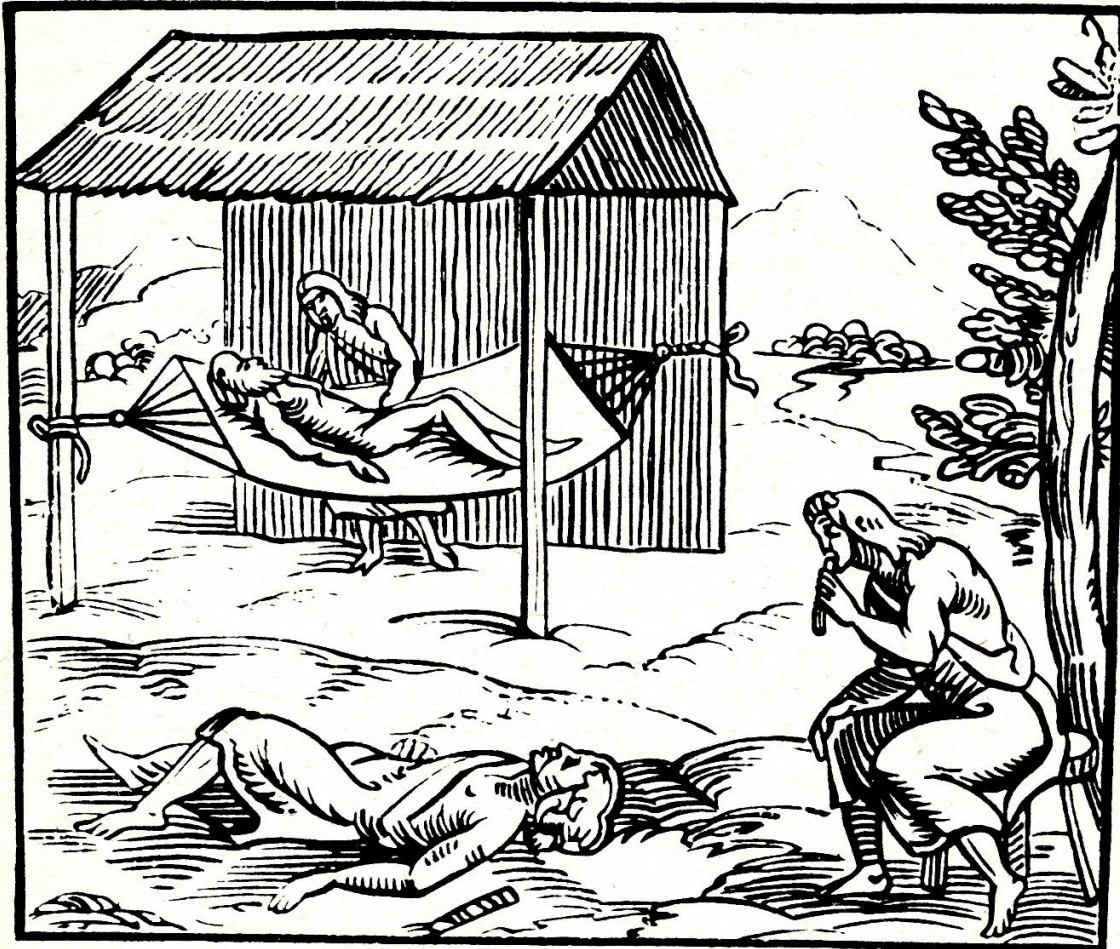
El tabaco era utilizado por los taínos simplemente para fumarlo aunque también para curar y fue en el primer viaje del Almirante, en 1492, cuando los europeos contemplaron, asombrados, el uso de esas hierbas que hacían brotar humo por boca y nariz.

Siguiendo un orden cronológico, la primera cita que hacen los

descubridores sobre el tabaco ocurre apenas un par de días después de haberse descubierto la primera isla de San Salvador, cuando el Almirante explica cómo, en una pequeña canoa encontró a un indio y en la misma se localizaron “unas hojas secas que deben ser cosas muy apreciadas entre ellos porque ya me trajeron en San Salvador de ellas”. Luego, en Cuba, el Almirante explica como los indios andaban con “ciertas hierbas para tomar sus saumerios, que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquete hecho de papel de los que hacen los muchachos la Pascua del Espíritu Santo y encendida por la una parte del, por la otra chupan, o sorben, o reciben con el resuello para adentro aquel humo, con lo cual se adormecen las carnes y casi emborracha y así disque no sienten el cansancio. Estos mosquetes o como los llamaremos, llaman ellos tabacos. Españoles conocí yo en esta isla Española que los acostumbraron a tomar, que siendo reprendidos por ellos, diciéndoles que aquello era vicio, respondían que no era en su mano dejarlos de tomar. No sé qué sabor o provecho hallaban en ellos”.

Fray Bartolomé de Las Casas amplía el asunto cuando afirma: “En esta isla Española y en las comarcas tenían otra manera de hierba como propias lechugas y éstas secaban al sol y al fuego y hacían de unas hojas de árbol secas un rollete, como se hace un mosquete de papel y metían dentro una pocas de aquella hierba y encendían el mosquete por una parte y por la otra sorbían o atraían el humo hacia dentro en el pecho lo cual les causaba un adormecimiento en las carnes y en todo el cuerpo de manera que ni sentían hambre ni cansancio y estos mosquetes llamaban tabaco, la media sílaba luenga”.

Unos sesenta años después del descubrimiento visitó el país el milanés Girolano Benzoni, quien afirmó que, con relación al tabaco: “cuando esas hojas están en sazón, las cogen de la mata, las atan en manojos y las suspenden cerca del fuego en su hogar hasta que están bien secas y cuando desean usarlas toman una hoja de la espiga de su grano y poniendo una de aquellas otras dentro de éstas, las enrollan juntas como en un canuto; entonces le pegan fuego por un extremo y poniéndose el otro en la boca, aspiran a través de eso, con lo cual el humo así aspirado penetra en la boca, la garganta y la cabeza y lo retienen así tanto como pueden, porque haciéndolo encuentran cierto placer y tanto se llenan con ese humo cruel que pierden el sentido. Y algunos hay que toman tanto humo que caen a tierra como si fueran muertos y permanecen la mayor parte del día o de la noche sin sentido. Algunos hombres hay que se conforman con absorber de ese humo sólo hasta sentir algún devaneo pero nada más. Vean cuán pestífero y malhado veneno del diablo en esto”.



GRABADO DE 1550 DE BENZONI QUE MUESTRA EL USO DEL TABACO EN SANTO DOMINGO PARA CURAR ENFERMOS.

El viajero Benzoni incluyó en su obra un muy interesante dibujo que mostraba cómo en la isla Española, el tabaco también era utilizado por los indios para curar a los enfermos, ya que el hechicero se ponía un tabaco en la boca y soplaba el humo sobre la cara del paciente. Esta práctica mágico/religiosa se ha mantenido en nuestro país, pues pasando de costumbre de los esclavos en sus ritos religiosos vemos que en vodú y otras prácticas de nuestra religiosidad popular, el oficiante siempre tiene un tabaco en la boca y cubre con su humo a varios de los participantes.

El uso del tabaco era, pues, múltiple. Por un lado se utilizaba para adormecer el cuerpo y dar placer y por otro lado se utilizaba como el elemento auspiciador de la mejoría de los enfermos vía el hechicero. Entre otros grupos indígenas, los pieles rojas de Norteamérica, los tratados de paz se afianzaban precisamente fumando “la pipa de la paz”. El tabaco entre ellos, pues, es un medio de simbolizar la paz entre grupos que antes se encontraban en lucha.

Los españoles a su llegada a nuestra isla rápidamente adoptaron el uso del tabaco, pues vemos como para 1540, el Padre Las Casas señala como un hecho notable el haber conocido “un español casado y honrado, en esta isla que usó tomar los tabacos y el humo de ellos, como los tomaban los indios y decía que por él gran provecho que sentía, por ninguna cosa los dejaría”. Pero fueron realmente los esclavos africanos los que con mayor entusiasmo adoptaron la costumbre de fumar el tabaco y es el propio Benzoni quien otra vez nos explica cómo a los esclavos, el tabaco “les quita el cansancio”. Oviedo, en 1546, agrega que: “Al presente muchos negros de los que están en esta ciudad (de Santo Domingo) y en la isla toda, han tomado la misma costumbre, crían en las haciendas y heredades de sus amos esta hierba y toman las mismas ahumadas o tabacos porque dicen que, cuando dejan de trabajar y tomar el tabaco se les quita el cansancio”.

El Padre Bernabé Codo, jesuíta, explica como “la costumbre se les pegó a los españoles de los indios de la isla Española, en la cual los caciques y más principales usaban tomarlo de esta manera: metían sus hojas después de secas y curadas en unos palillos huecos curiosamente labrados para este efecto y encendíanlo por una parte y por otra bebían el humo”.

Vemos, pues, como tanto el esclavo africano como el español colonizador rápidamente adoptaron la costumbre de fumar tabaco de los indios taínos, por lo que se puede decir, sin lugar a dudas, que el tabaco fue, junto con la sífilis, el regalo de América más universalmente aceptado por la humanidad y fue precisamente desde la Española, centro irradiador de la colonización, desde donde el tabaco fue llevado a Europa y Africa.

### *Envío del Tabaco de la Española a Europa*

Para los españoles y el resto de los europeos el fumar tabaco era, en sus inicios, una violación de los preceptos religiosos del catolicismo ortodoxo, un desafío a los mismos, una especie de brujería, lo cual, no impidió su rápida popularización.

Fueron, sin embargo, los esclavos negros que vivían en Europa los que primero adoptaron la costumbre de fumar, copiando a sus similares esclavos de la isla Española, pues al llegar algunos de esos esclavos africanos de la isla Española a España llevaron consigo esa costumbre, al igual como lo hicieron marineros europeos que cubrieron la misma ruta. Así vemos como según Fray Tomás Ramón

“los etíopes que han ido de estas partes a las indias han tomado el mismo uso del tabaco y los moros y esclavos que vienen acá en los bajeles lo usan mucho, porque les parece que con ésto descansan y duermen y reparan las fuerzas decaídas y ya lo tienen por deleite”. El tabaco fue originalmente tenido como cosa muy vil y baja, cosa de esclavos y de gente de poca consideración, bebedoras en tabernas de muelles, vicio de marineros, quienes pertenecían en aquella época a los grupos o estratos sociales más bajos.

Tan vinculado estuvo el tabaco con los esclavos africanos y moros que volvían de las Antillas a España, que, en un poema del inglés Brathwait, se pone en boca del poeta Chaucer la frase “vosotros ingleses moros”, criticando así a los fumadores de Londres por su abandono a “la última moda introducida por los negros”. Inclusive en Inglaterra las tiendas que vendían tabaco se caracterizaban por tener, en su entrada, la figura de un negrito con un gran cigarro o tábaco en la boca.

La primera cita histórica evidenciando la llegada del tabaco a Europa, es de 1556, pero, allí comenzó el tabaco siendo sembrado como una planta ornamental y luego se le utilizó como una especie de “curalotodo” por parte de los alquimistas de la época, que consideraban que contenía muy amplias condiciones terapéuticas.

Sin embargo, fue a medida que se iba popularizando su uso como simple fumada, que se le comenzó a atacar como una práctica contraria a la religión. Así vemos como Covarubias dijo que “el primero que descubrió la hierba del tabaco fue el demonio, haciendo tomarla a sus sacerdotes y ministros cuando habían de profetizar lo que les consultaban y el demonio les descubría lo que alcanzaba, por conjeturas, mediante aquella calidad atontados”. Es decir que a Europa se lleva la versión equívoca del uso del tabaco en las ceremonias de la cohoba de los taínos y se les describe como una práctica de los herejes europeos y, en consecuencia, se le considera contraria a la religión católica. Fray Tomás Ramón aseguraba que los que fumaban o tomaban tabaco en polvo “tienen algo de pacto implícito con el demonio”. Juan de Cárdenas dice que ignora el origen del tabaco pero que presume que “algún ángel lo aconsejó a los indios o algún demonio. Que sea ángel está puesto en razón, porque él nos libra de tantas enfermedades que verdaderamente parece medicina de ángeles y que parece ser remedio de demonios también lo está, porque si nos ponemos a mirar al que lo está chupando, le veremos echar por boca y narices bocanadas de un hediondo humo, que parece un volcán o boca del infierno”. Otros, más románticos, como el mencionado inglés Brathwait, opinó en 1617, que tabaco era el nombre de



UNO DE LOS PRIMEROS GRABADOS HECHOS PARA MOSTRARLE A LOS EUROPEOS COMO LOS INDIOS FUMABAN TABACO.

un hijo ilegítimo de la diosa Proserpina, engendrado en sus entrañas por obra del Dios Baco, ya que ta-baco quiere decir, obviamente "hijo de Baco".

Cuando el tabaco llegó a Rusia los sacerdotes le denominaron allí "hierba del diablo" y corrió la leyenda de que esa planta había brotado sobre el sepulcro de una adúltera y que el diablo manifestaba su real presencia en ella mediante su olor y su humo. El Zar promulgó fortísimas sanciones contra los adeptos de esta supuesta planta infernal y muchos, inclusive, murieron, por mantener su vicio. La situación llegó al extremo de que, para 1624 el Papa promulgó una Bula amenazando con la ex-comunión a quienes inhalaban el polvo o rapé de tabaco en los lugares sagrados. Como parte de la campaña moral se explicaba que, el que en los oficios de difuntos se dijera "polvo eres y en polvo te convertirás", no era excusa para que un sacerdote pusiera los polvos de tabaco en sus narices, según la práctica de aquella época. Hay evidencias históricas de que en 1692, fueron condenados a muerte y emparedados en Santiago de Compostela cinco sacerdotes, por el delito de haber fumado en el Coro durante los oficios divinos.

En 1650 el Papa Inocencio X tuvo que castigar con la ex-comunión automática a quienes profanaren la Basílica de San

Pedro tomando lo que se llamaba entonces “tabaco de España”. San Juan Bosco por poco pierde su derecho a canonización porque practicaba el inhalar el rapé. Benedicto XIII en su trabajo teológico mantuvo que “no quebranta el ayuno el tabaco tomado por las narices, aún cuando descendiere al estómago alguna parte de él, ni tampoco se quebranta con el humo del cigarro, ni siquiera con el tabaco mascado o molido con los dientes siempre que se eche el jugo afuera”. No obstante lo cual, creía el teólogo que eso “es una cosa indecente hacer, antes de comulgar”. Habrá de tomarse en consideración que uno de los efectos económicos y sociales más importantes del descubrimiento de América y de la casi simultánea apertura de las rutas del comercio hacia Africa y Asia, fue que, en un período de muy pocos años, los europeos de pronto se acostumbraron al tabaco de las Antillas, al chocolate de México, al café de Africa y al té de la China, es decir, a la nicotina, la teobromina, la cafeína y la teína, los cuatro alcaloides que sirvieron desde entonces para dar goce y mantener despierta a la humanidad. Muchos consideraron que las conquistas europeas habían principalmente resultado en el surgimiento y la adopción por parte de los conquistadores, de estos cuatro grandes vicios. En Londres, por ejemplo, en el siglo XVIII, se establecieron sucesivamente clubs de tabaco (en 1618 había unos 7000 en Londres y sus alrededores), casas de café (1650) y casas de té, (a partir de 1657).

Nada más y nada menos que el genio de Francisco de Quevedo describió perfectamente la situación cuando dijo:

“Aquí llegaron el diablo del tabaco y el diablo del chocolate. Estos dijeron que ellos habían vengado a las indias de España, pues habían hecho más mal en meter aquí los polvos y el humo y jícaras y molinillos, que el Rey Católico, Colón, Cortés, Almagro y Pizarro; cuando era mejor y más limpio y más glorioso ser muerto a mosquetazos y a lanzadas, que a moquitos y estornudos y arregueldos y a bajidos y a tabardillos; siendo los chocolateros idólatras del sorbo que se elevan y le adornan y se arroban, y los tabacanos, como luteranos, si le toman el humo, haciendo el noviciado para el infierno, si en polvo, para el romarizo”.

Un poeta español de la época, queriendo describir la más grande de las maldiciones dijo:

*“Ruegue a Dios que un indiano te maltrate,  
haciéndote beber el chocolate,  
y algún sucio bellaco,  
por fuerza te haga estornudar tabaco”.*

No fue sólo desde Santo Domingo desde donde salió el primer tabaco hacia Europa, sino que en los primeros cincuenta años del siglo XVI, fue también la principal zona de origen de su exportación. Inclusive, cuando Drake invadió a Santo Domingo una de las primeras cosas que hizo fue posesionarse de una gran cantidad de tabaco allí existente para llevarlo a sus barcos. Para 1620, habitaba en el Convento de Las Mercedes en la misma ciudad de Santo Domingo, Tirso de Molina, uno de los grandes escritores españoles de la época, quien compuso allí varias de sus obras, en las cuales involucraba costumbres locales y así vemos como, describiendo los postres de una cena habla de: “un túbano de tabaco para echar la bendición”.

Fue tanto el furor que hizo el tabaco en Europa y sobre todo en Inglaterra, que el término “bacanalías”, para describir juergas sensuales, fue utilizado para definir al nuevo vicio y su consumo masivo como “tabacanalías”.

Con el tiempo, al tabaco se le dejó de utilizar como medicina, se le dejó de considerar como una cosa diabólica y anti-religiosa y se le comenzó a apreciar como era justo. El inglés Sam Slich, manifestó que “desde el instante de tomar una pipa de tabaco, el hombre deviene un filósofo”. Y otro inglés, Thackeray, explicó como el tabaco “hace manar sabiduría de los labios del filósofo y cierra la boca al necio”. Otros explicaron claramente como una de las funciones más importantes del tabaco era brindar al fumador una compañía en la soledad. El ilustre inglés Ben Johnson, en 1598 ya había adelantado que el tabaco es “la más soberana y preciosa semilla que la tierra ha ofrecido al uso del hombre” y Moliere en 1683 agregaba que “quien vive sin tabaco no es digno de vivir”. Tal vez la mejor evidencia del cambio de actitud generalizada con relación al tabaco, la encontramos en la versión de que el Papa Urbano VI tomaba los polvos de rapé y que brindó su tabaquera al jefe de una orden religiosa para que con él tomara dichos polvos y que habiendo éste último rehusado diciéndole “Santidad, yo no tengo ese vicio”, el Sumo Pontífice lo miró atentamente y luego le contestó: “Si éste fuese un vicio, tú lo tendrías”.

En fin, con el tiempo el tabaco dejó de ser signo del demonio y se convirtió nada más y nada menos, que en el símbolo de la prosperidad y de la burguesía. Cuando los caricaturistas, desde hace más de un siglo, han querido representar al capitalista, generalmente dibujan a un hombre de negocios con una bolsa grande con el signo del dólar y con un gran tabaco en la boca. De símbolo de magia y



herejía, el tabaco se convirtió, a la vuelta de 300 años, en el símbolo del hombre más conservador.

### *El Cibao y el Tabaco*

En términos políticos el Cibao ha sido siempre más liberal que la capital y el sur. Bonó fue el primero en buscarle un origen económico a esta actitud política cuando, en 1895, se pronunció diciendo que “el cacao es oligarca y el tabaco demócrata”. Hizo la comparación con el cacao y no el azúcar pues, para 1895, esta última todavía no había adquirido suficiente importancia. Hoeting, Moya Pons y Lluberes entre otros, han mostrado como el conservadurismo de la capital y el Sur proviene de su concentración en la explotación ganadera y maderera y luego la azucarera, caracterizándose las tres por la explotación extensiva, en base al uso de mano de obra barata y la concentración de grandes latifundios en pocas manos y la última requiriendo, además, una gran inversión de capital, a diferencia del tabaco que se produce en pequeñas parcelas y en base a negocios familiares de poca inversión. Abad, pocos años antes, en 1889 había apuntalado que “el tabaco, más que ninguna otra planta industrial, es un cultivo de familia... es un cultivo propio para crear un núcleo de pequeños propietarios agrícolas”. El partido azul, liberal, demócrata, era fuerte en el Cibao del tabaco y el rojo, conservador, buscador del proteccionismo extranjero, tenía su fuerza en el Sur ganadero, maderero y productor de caña.

A los cuarenta y cinco años de la famosa frase de Bonó, la misma fue repetida por el sabio antropólogo cubano, Don Fernando Ortiz, en su famosa obra “Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar” en la cual para ser bien franco, he entrado, con saco abierto, para la preparación de esta breve ponencia.

La elocuencia de Ortiz es inigualable en este análisis que contrasta el azúcar y el tabaco, oigámosle:

“El tabaco nace, el azúcar se hace. El tabaco es oscuro, de negro a mulato; el azúcar es clara, de mulata a blanca... Dulce y sin olor es el azúcar; amargo y con aroma es el tabaco. Contraste siempre! Alimento y veneno, despertar y adormecer, energía y ensueño... apetito que se satisface e ilusión que se esfuma, calorías de vida y humaredas de fantasía, indistinción vulgarota y anónima desde la cuna, e individualidad aristocrática y de marca en todo el mundo, medicina y magia, realidad y engaño, virtud y vicio...”

En lo económico Ortiz enfatiza: “Cuidado mimoso en el tabaco y

abandono confiante en el azúcar, faena continua en uno y labor intermitente en la otra, cultivo de intensidad y cultivo de extensión, trabajo de pocos y tarea de muchos; libertad y esclavitud; artesanía y peonaje; manos y brazos, hombres y máquinas, finura y tosquedad. En el cultivo el tabaco trae el veguería y el azúcar crea el latifundio... Soberanía y coloniaje, altiva corona y humilde saco”.

Don Fernando agrega: “En el tabaco hay siempre algo de misterio y sacralidad. El tabaco es cosa de gente grande... Fumar el primer tabaco, aunque sea a hurtadilla de los padres, es como rito de “passage”, el rito tribal de iniciación a la plenitud cívica de la varonía;... el azúcar, en cambio, no es cosa de hombres, sino de niños, algo que se les da apenas paladean, como un simbólico augurio de dulzura, para su existir”.

Ortiz sigue arremetiendo: “El mejor fumador busca el mejor habano, el mejor habano la mejor capa, la mejor capa la mejor hoja, la mejor hoja el mejor cultivo, el mejor cultivo la mejor semilla, la mejor simiente la mejor vega... Por eso la agricultura del tabaco exige tanta meticulosidad; al revés de los cañaverales, que piden poca atención. El veguero debe cultivar su tabaco no por plantaciones, ni siquiera mata por mata, sino hoja por hoja. No está el buen cultivo del buen tabaco en que la planta dé más hojas, sino en que éstas sean mejores. En el tabaco lo principal es la calidad; en el azúcar, la cantidad. El ideal del tabacalero, así del cosechero como del fabricante, está en la distinción; que lo suyo sea único, lo mejor; el ideal del azucarero, así del cultivador como del hacendado, está en que lo suyo sea lo más; más caña, más rendimiento, más guarapo, más bagazo, más tacho, más centrífuga, más polarización, más sacos y más indiferencia de calidad para acercarse, a través de las refinerías, a un simbólico 100 por 100 de química pureza, donde se pierde toda distinción de oriundez, y de clases; y donde la madre remolacha y la madre caña son olvidadas en la idéntica blancura de sus hijos por igualdad química y económica de todos los azúcares del mundo, los cuales, si son puros, por igual endulzan, alimentan y valen”.

En fin, Don Fernando nos muestra como el trabajo del azúcar es simplemente un oficio y el del tabaco es un arte, o para usar sus propias palabras, recordando su origen taíno: “El tabaco es un don mágico de salvajismo; el azúcar es un don científico de la civilización... El tabaco fue de América llevado; el azúcar fue a la América traído... En la producción del tabaco predomina la inteligencia; ya hemos dicho que el tabaco es liberal cuando no revolucionario. En la producción del azúcar prevalece la fuerza; ya se sabe que es conservadora cuando no absolutista... La producción del

azúcar, repitamos, fue siempre empresa de capitalismo por su gran arraigo territorial e industrial y la magnitud de sus inversiones permanentes. El tabaco, hijo del indio salvaje en la tierra virgen, es un fruto libre, sin yugo mecánico, al revés del azúcar, que es triturada por el trapiche. Esto ha tenido enormes consecuencias económicas y sociales”.

Inclusive en los aspectos culturales, Ortiz explica como: “La lectura no cabe en los ingenios de azúcar, en cuya casa de calderas no se pueden escuchar voces humanas. Ya ni se oyen las rítmicas canciones de trabajo con que antaño los esclavos daban ímpetu y ritmo a sus faenas en los trapiches, en las fornallas, en los entongues y en las bagaceras. Hoy día el ingenio es un monstruo mecánico que al moverse produce una ensordecedora sinfonía de rodajes, prensas, bielas, engranes, émbolos, pistones, válvulas, centrífugas y acarrees, con escapes de vapor que parecen rugidos de fiera y con silbidos estridentes como de sirenas enfurecidas... En el tabaco, en cambio, la galera del taller puede permanecer silenciosa si se acalla el vocerío de las conversaciones. El manipuleo del tabaco se hace por los torcederos sentados en sendas mesas, unos junto a otros, como escolares que hacen repaso de sus libros en el colegio. Por esto ha sido posible establecer en las tabaquerías una costumbre tomada de los refectorios de los conventos y de las prisiones, cual es la de la lectura en alta voz para que la oigan todos los operarios mientras dura su tarea en el taller”.

Así vemos pues, señores, que el tabaco es oriundo de nuestra isla, jugó un papel importante entre nuestros indios y fue desde aquí que se difundió a Europa. Su producción es un arte, requiere mano de obra diestra y producción a escala familiar en tierra totalmente en manos nacionales. En el caso del azúcar, en contraste, utilizamos mucha mano de obra extranjera (inclusive por muchos años luchamos por cuotas azucareras en un esfuerzo que efectivamente coartaba nuestra soberanía).

Con mucho, la caña y el tabaco explican las grandes diferencias políticas, sociológicas, raciales y económicas entre los habitantes de nuestra costa sur y el valle del Cibao.

Finalmente, puede decirse, sin lugar a dudas, que el tabaco ha sido siempre más dominicano que el azúcar, por su nacimiento, por su espíritu y por su método de producción, industrialización y mercadeo.